

Migrantes franceses en el Aragón Moderno, una lucha por la vida*

French migrants in Modern Aragon, a struggle for life

FECHA DE RECEPCIÓN: 8 / 10 / 2021

ACEPTACIÓN: 25 / 10 / 2021

José Antonio Salas Auséns ^a

jasalas@unizar.es

Palabras clave

Migraciones
Emigración francesa
Aragón
Edad Moderna
Mercado matrimonial
Trayectorias vitales

Key words

Migrations
French emigration
Aragon
Modern Age
Marriage market
Vital trajectories

Resumen

El artículo se centra en la inmigración hacia el reino aragonés procedente de Francia. Se trata de un flujo constante, aun con intensidad variable, a lo largo de las centurias de la modernidad. En su desarrollo se van abordando distintos aspectos del proceso migratorio, tales como la procedencia de los inmigrantes, el sexo predominante, la edad a la que abandonan sus lugares de origen, su llegada e instalación en Aragón, el carácter transitorio o definitivo de su emigración, las actividades desarrolladas, el mercado matrimonial, etc. Para evidenciar la diversidad de trayectorias vitales en todas estas cuestiones nos sirven múltiples ejemplos, algunos de ellos con perfiles opuestos: retornos-permanencias, movilidad-sedentarismo, éxito-fracaso y riqueza-indigencia, etc.

Abstract

The article focuses on immigration coming from France to the kingdom of Aragon. It's a constant flow, although with varying significance, carried out throughout the centuries of Modern Age. Distinct aspects related to the migratory process are addressed in its development, such as the immigrant's origin, the prevailing sex, the age at which they leave their birthplaces, their arrival and settlement in Aragon, the temporary or definitive nature of their emigration, their achieved activities, the marital market, etc. We can use plenty of examples in order to demonstrate the diversity of vital trajectories in all these issues. Some of them turn out to be opposite: return-permanence, mobility-sedentarism, success-failure, wealth-indigence, etc.

a Universidad de Zaragoza



INTRODUCCIÓN

El flujo migratorio de franceses al territorio aragonés, conocido ya durante la Edad Media, se mantuvo constante a lo largo de la Edad Moderna. Los frecuentes enfrentamientos entre las monarquías galas e hispanas y las consiguientes medidas de represalia contra los inmigrantes en uno y otro territorio, nunca llegaron a interrumpirlo. En ese sentido, no podría decirse ni que los Pirineos supusieran una barrera difícil de salvar, ni que los sucesivos conflictos bélicos hicieran desistir a los franceses, en su mayoría procedentes de las regiones aledañas –sobre todo Bearn, Gascuña y la zona oriental del Languedoc- de en su intención de buscarse la vida en el vecino territorio aragonés. Si bien con una intensidad variable, las noticias sobre la presencia de emigrantes galos en el territorio aragonés son constantes y repartidas por todo el territorio. Los encontramos, cierto que menos, en el sur de Aragón, son muy numerosos en los pueblos de la ribera del Ebro, con especial presencia en la capital, Zaragoza, y también se detecta con frecuencia su presencia en localidades de los Monegros y del Somontano oscense, sobre todo en las dos ciudades de la comarca, Huesca y Barbastro. Ya más hacia el norte de Aragón y los valles pirenaicos, áreas en las que predomina el heredero único como forma de transmisión de la propiedad y de emigración casi obligada de los segundones hacia el sur, los inmigrantes franceses van siendo menos numerosos, aunque esporádicamente aparecen en pueblos de la montaña, en los que los lugareños se dedican casi exclusivamente a labores agropecuarias, y donde ellos proporcionan servicios necesarios a la comunidad como herreros, carpinteros, sastres, zapateros, molineros...

Una presencia constante en el antiguo reino aragonés recogida en fuentes de muy distinta índole, pero por lo general fragmentarias: memorias de personas de la época donde se ofrecen estimaciones numéricas y pinceladas sobre la relación entre naturales e inmigrantes, procesos en los que éstos se ven involucrados tanto ante tribunales civiles como eclesiásticos, siendo más frecuentes entre estos últimos los inquisitoriales, registros parroquiales, los más utilizados por los investigadores los de matrimonios, expedientes matrimoniales en las sedes episcopales, matrículas de extranjeros como la de 1791 o específicamente de franceses, en 1635, conservadas fragmentariamente, vecindarios locales en los que se incluían todos los vecinos con distinción de los foráneos, documentación catastral. Y a ello añadir las múltiples referencias aparecidas en los protocolos notariales -capitulaciones matrimoniales, testamentos, contratos de aprendizaje, compraventas, préstamos, arrendamientos, inventarios y un interminable etc.

A esto hay que añadir el apoyo en aquella bibliografía en la que tangencialmente o de modo directo se ha tratado esa presencia de inmigrantes galos en territorio aragonés.

Con todo ello, y es el objetivo de mi trabajo, pretendo ofrecer una visión general, siempre aproximada, sobre distintos aspectos de la presencia de franceses en el Aragón Moderno, algunos en líneas generales ya conocidos como las áreas de donde procedían, los obstáculos políticos que podían encontrarse durante su estancia, las dedi-

caciones en que se ocupaban, sus relaciones con los naturales, pero otros que han recibido interpretaciones que pueden ser matizadas, entre ellas la de una pretendida superioridad laboral de los inmigrantes o la de su protagonismo en la actividad comercial, protagonismo que tiende a ponerse siempre en un primer plano, dejando en la sombra las condiciones de vida que tuvieron en el territorio aragonés la mayoría de sus compatriotas. Quedarán zonas de sombra abiertas a nuevas aportaciones, pero con el material actualmente disponible se pueden ya constatar algunas evidencias, tanto a nivel general, como con el detalle de algunas trayectorias individuales que a mi entender cuestionan esa visión de la superioridad, planteando un realidad más poliédrica.

ORIGEN Y DESTINO DE LOS INMIGRANTES

La proximidad geográfica primera evidencia: el grupo más numeroso procede del Bearn y de los condados de Bigorra y Cominges, seguidos de Gasconia y Languedoc. Son distintos los argumentos a la hora de explicar el por qué de la emigración y se ha distinguido entre lo que se han denominado factores de repulsión, y factores de atracción, entre aquellos la inseguridad sobre todo en el sur de Francia como consecuencia de las guerras de religión en la segunda mitad del siglo XVI y la saturación demográfica de unas regiones poco aptas para absorber su potencial laboral una vez rellenos los vacíos dejados por la Peste Negra, y los de atracción unas bajas densidades de población o la mayor flexibilidad salarial ante la revolución de los precios (Nadal-Giralt: 1960: 74 y ss.). En el Macizo y en las regiones el prepirineo francés, al igual que en las vecinas regiones del sur de la cordillera pirenaica, la forma dominante de transmisión de la propiedad era la del heredero único, sea el primogénito o, en el caso aragonés, quien designara el cabeza de familia. El objetivo en ambos lados del Pirineo el mismo, la continuidad de la casa. Ello arrojaba a los restantes hijos a la emigración, si no tenían la fortuna o posibilidad de casarse en el terruño con una heredera. Cruzadas las fronteras, los emigrantes franceses se desparramaban por los distintos territorios hispanos, en el siglo XVI y primera mitad del XVII con mayor presencia en Cataluña y también en Aragón y Valencia, en el XVIII, disminuido el flujo hacia Cataluña, con importantes concentraciones en Madrid y, sobre todo, en Cádiz.

En el caso aragonés, se extendieron con intensidad variable y cambios en el transcurso del tiempo. Las fuentes inquisitoriales del tribunal de Valencia han permitido detectar su presencia en la diócesis de Teruel en la segunda mitad del siglo XVI. Distintos procesos conservados en el archivo histórico nacional señalan la existencia de franceses en 9 localidades turolenses, 6 de ellos en Mora de Rubielos y 3 en la ciudad de Teruel. Registros parroquiales y expedientes matrimoniales de la diócesis zaragozana segunda mitad del siglo XVII y XVIII dejan constancia de su residencia en numerosas parroquias de las riberas del Ebro y sus afluentes, con especial concentración en la ciudad de Zaragoza donde, según la matrícula del año 1635, se contabilizaron 2287

franceses¹. Presentes también en los Monegros y el Somontano oscense a lo largo del XVII, con grupos más numerosos en las ciudades de Huesca y Barbastro. Ya en el XVIII la lista aragonesa de comerciantes del año 1764 los situaba en 32 núcleos y según la matrícula del año 1791 había inmigrantes galos en 57 de los pueblos del corregimiento barbastrense. En suma, fuentes incompletas que, sin embargo denotan una presencia constante y una distribución irregular, pero que en todo caso abarca el conjunto del territorio.

LLEGAN VARONES JÓVENES

Al igual que en el resto de España, los inmigrantes son mayoritariamente varones. La presencia femenina se muestra casi testimonial. Así entre los 371 franceses contabilizados en el corregimiento barbastrense en 1791 tan sólo aparecen cuatro mujeres, dos de ellas casadas y las otras solteras. En la matrícula zaragozana de 1635 eran 185, lo que suponía un 8% del total y en el vecindario elaborado unos 7 años después que incluye una bolsa de franceses, había 960 inmigrantes de los que tan sólo 15 eran mujeres -4 casadas y 11 viudas-. Este vecindario nombra solamente a los cabezas de familia y, en el caso de las mujeres casadas, son inscritas porque sus maridos están ausentes. Dada la tendencia de las inmigrantes a contraer matrimonio con sus connaturales, no parece descabellado pensar que alguno de 945 estuviera casado con una compatriota o que al tratarse de un vecindario en el que en principio se recogían tan sólo los cabezas de familia se hubieran omitido jóvenes inmigrantes solteras, máxime cuando conocemos que algunas de ellas llegaban a edades muy tempranas. Casi con toda seguridad hay una ocultación femenina de la inmigración ya detectada en otros ámbitos (Capdevila: 2017, 99).

Los franceses salen de sus lugares de origen a una edad temprana. Los datos obtenidos a partir de la matrícula zaragozana de 1635, una media de 16 años al llegar a la ciudad en medio millar de casos conocidos, rebajan la contemplada en otros lugares. Seguramente habría que disminuir todavía más esa cifra, ya que no son pocos los casos de inmigrantes que entre el momento de salida de sus lugares de origen y el de su presencia en Zaragoza han pasado previamente por otras localidades. Sirvan de ejemplo los del gascón Juan Pinden, de profesión pasamanero. Había llegado a la ciudad hacía 4 años, con 23 de edad, pero con anterioridad había estado en tierras gallegas, murcianas y valencianas, del bearnés Pedro Sobrelas, de 30 años, residente hacía 6 en Zaragoza desde la localidad aragonesa de Belchite donde había permanecido 12 años, o el de Hernando Lamarca, natural de Santa María de Oloron, de unos 40 años, de quien se informaba que había llegado a España a los 10 años, que había trabajado

¹ *Trabajo realizado en el marco de los proyectos de investigación del ministerio de Ciencia y Innovación PID2020-119980GB-I00 y PID2020-113012GB-I00

Esta referencia y todas las que en adelante aparecen sobre la matrícula de franceses del año 1635 están tomadas del Archivo de la Corona de Aragón, Consejo de Aragón (ACA, CA), Secretaría de Valencia, leg. 712, que actualmente estoy trabajando conjuntamente con Juan José Nieto Callén.

como obrero de villa durante 4 años, y que residió en Valladolid, Madrid y Agreda antes de recalar en la capital aragonesa hacía ya 8 años trabajando como mozo pastelero.

Y a casos como estos, habría que añadir los de quienes informaban residir en la capital aragonesa desde la niñez, sin concretar más, como el sastre de 44 años Antonio Beia, que estaba en España "desde que lo criaron", el zapatero Juan Malatesta y el labrador Juan Bonbalon, desde niños en la ciudad. Por lo general emigrantes muy jóvenes llegados en compañía de algún familiar o conocido, ello que no excluye la salida de su patria de personas de edades más avanzadas como el pastor Juan Miranda emigrado a los 50 años desde su lugar natal en el obispado de Olorón con dirección a Quinto de Ebro en el año 1697, el maestro mediero Manuel Viñas, que también a sus 50 años se instalaba en Zaragoza en 1749 procedente de Oloron de donde había partido, o el esportillero Domingo Sibó, que tenía 50 años al salir hacia España desde su lugar natal, Arreau, en Cominges (Salas Auséns: 2009, 259).

¿VIENEN PARA QUEDARSE?

Posiblemente en la mente de la mayoría de los que abandonaban su lugar de origen estuviera la idea del retorno y algunos de los emigrantes estaban, podría decirse, programados para ello. El caso más conocido el de los caldereros del macizo central presentes a título individual o, con mayor frecuencia, en cuadrillas en numerosas localidades hispanas, entre ellas en las aragonesas de Calamocha, Calatayud, Luco de Jiloca, Tarazona o Fraga, tal como recogen las listas de comerciantes de los años 1764-66. De los dos establecidos en esta última localidad, Martín Jugonos y Pedro Fayoz se decía *"residen en esta ciudad de continuo el uno o el otro, y en el entretanto, el compañero a quien toca pasa a Francia y reside en ella seis meses poco mas o menos y no tienen otro ni más negocio que la venta de los calderos que hacen"* (Salas Auséns: 2009, 193). Había otros colectivos que también hacían esos trayectos de ida y vuelta, entre ellos cuadrillas que acudían anualmente a molinos aceiteros de distintas localidades aragonesas, trajineros o comerciantes con retornos periódicos a su tierra. Y estaban quienes, casados y con las esposas en su tierra natal, volvían periódicamente a su lugar de origen. Era lo que venían haciendo dos inmigrantes naturales de la misma localidad, Marsans, Hernando Permanac, de 45 años, quien iba y venía a España hacía 20 años y Juan Artaget, de 25 años, ocupado en Zaragoza hacía 8 años en diferentes oficios, casado con una mujer de la misma localidad donde ella continuaba residiendo. En el momento de hacerse la matrícula de franceses, ambos estaban instalados en casa de Juan de Vera soldado de caballería del Reino. Un comportamiento parecido encontramos en varios franceses incluidos en la matrícula de 1635, de los que puede servir de ejemplo el de un tal Rabiquet, alias Baudometa, trabajando como pastor, que había llegado 30 años antes a Zaragoza, pero que se había casado en su lugar natal, Prezac, donde continuaba su mujer y a donde volvía cada 4 años.

También se daban retornos ocasionales al lugar de nacimiento para conseguir la

documentación exigida por las autoridades eclesiásticas de las diócesis hispanas, en este caso aragonesas, o para contraer matrimonio con una mujer de la misma localidad y luego retornar con ella a Aragón. Eso fue lo que hizo el tejedor de lino Guiral Tegies, casado en su lugar natal, Villanueva de Senes en Gascuña, con su convecina Serena Arnau, con quien después viviría en distintos lugares aragoneses, recalando finalmente en Zaragoza, donde se encontraba en 1635.

Pero muchos otros no vuelven a su tierra. Los hay que, llegados desde muy niños a la ciudad de Zaragoza, incluso desconocen su lugar de origen; otros han perdido totalmente el contacto hasta el punto de desconocer si los padres o hermanos están vivos, tal como se sugiere en el testamento de Juan Colonga que, sintiéndose gravemente enfermo, dictó sus últimas voluntades en la aldea de Sabayes, pequeña aldea de la Hoya de Huesca. Tras asignar alguna suma destinada a la compra del cielo -500 sueldos para los gastos de entierro, novena, funeral y cabo de año, así como la fundación de dos aniversarios encomendada a los ejecutores testamentarios-, dejar la legítima a su hija María y a su esposa María Gallofa y 200 sueldos de gracia especial a Juan Fortuño, nombraba heredera a la hija, en caso de que estuviera viva y, si había fallecido, a medias entre sus dos hermanos, Juan y Miguela, ambos en sendos pueblos de Bigorra, pero advirtiendo que, si tampoco estaban vivos, se empleara la herencia en sufragios para su alma. Como ejecutor del testamento designaba al mencionado Juan Fortuño². Colonga había roto todos los lazos con su pasado. En el testamento se olvidaba de su esposa e ignoraba por completo el paradero de sus dos hermanos y de su hija, incluso desconocía si estaban vivos.

Tampoco parece que mantuviera relación alguna con Monaset, su lugar de nacimiento, Pedro de Lobix. Sintiendo enfermo, dictaba su testamento en la aldea de Yéqueda (Huesca) y en él dejaba de gracia especial al párroco del pueblo sus bienes consistentes en dos deudas por cobrar, medio cahiz de trigo que le debía un tal Miguel del Corral y 66 sueldos de atrasos en jornales Jacinto Bascués, ambos de la villa de Almudévar, para que los empleara en sufragios por su alma³.

Una impresión semejante se desprende de los testimonios de algunos de los franceses matriculados en 1635, tal como los del bearnés Pedro Laroyet que hacía 22 años que llegó a Zaragoza, ocupándose primero como aguador y después sirviendo como criado a diferentes personas, sin haberse ausentado nunca, o el cardador gascón de 50 años Antonio Lacruz que residía en Zaragoza hacía 24 años. Antes de llegar a España se había casado y había tenido un hijo del que no sabía si había sobrevivido. Parecido el del pellejero Juan Ilibarne que hacía 3 años que estaba en Zaragoza,- procedente de Pamplona, donde había permanecido otros 3 años y que desconocía su lugar de nacimiento, o el del herrero Juan Sabañes, que no sabía de dónde era, pues le habían llevado a la capital aragonesa cuando era niño.

Son muchos aquellos los que dicen que desde su llegada a España nunca han retor-

2 Archivo Histórico de Protocolos de Huesca (APHU) leg.1482, Juan Canoguera, f. 4, 6-I-1641.

3 APHU, leg. 1555, año 1642, 2-II-, ff. 47 v.-48.

nado a su tierra. En más de doscientas capitulaciones matrimoniales de la diócesis de Zaragoza del periodo 1639-1714, tan sólo en 16 casos reconocen sus protagonistas haber vuelto a su país (Salas Auséns: 2009, 268).

LOS PRIMEROS DÍAS EN TIERRAS ARAGONESAS

En algunos casos son conocidos sus primeros momentos en tierra aragonesa. Con frecuencia inicialmente encontraban acomodo en casa de algún compatriota llegado con anterioridad, un familiar más o menos cercano o alguien procedente de la misma localidad, pero había quien, sin tanta suerte, buscaba cobijo donde podía, caso de Alejandro Barrera, quien en el proceso seguido contra él por su presunta participación en el motín acontecido en Zaragoza en 1766, negando estar presente en los hechos afirmaba que *«la tarde del 16 de los corrientes estuvo el declarante desde las dos de la tarde y durmiendo en el pajar del mesón del Pilar, que es donde se retira a las noches en compañía de otros»*. Su versión coincidía con la de sus compatriotas Bernardo Padrán y Luis Jordán, ambos en calidad de testigos en el mismo proceso. El primero de ellos, ocupado como cebadero en el citado mesón, decía en su declaración que era *«de nación francés, cebadero del mesón del Pilar, y con motibo de ello se recogen muchos franceses al pajar de dicho mesón»*, y el otro manifestaba que conocía al acusado, a quien había visto varias noches en el pajar *«en que el testigo duerme las más de las noches»*⁴.

Los llegados a temprana edad a ciudades aragonesas podían encontrar una pronta oportunidad como aprendices en cualquiera de las diferentes actividades artesanales allí existentes. Durante el siglo XVI, en los diferentes gremios textiles de la ciudad de Zaragoza prácticamente uno de cada cinco aprendices eran de origen francés (Desportes: 1999, 113). Entre los contratos de aprendizaje firmados en la ciudad de Huesca en la segunda mitad del siglo XVI son frecuentes los de inmigrantes galos con distintos artesanos oscenses. En un muestreo de los protocolos de cuatro notarios locales he localizado 20 contratos de aprendizaje firmados por jóvenes inmigrantes y 15 actividades distintas: Albardero, batanero, botero, boticario, carpintero, carretero, cubero, droguero, escopetero, guantero, herrero, hornero, molinero, sastre, zapatero y zurrador.

Alguno de estos aprendices se contrataban con maestros también franceses, caso de Bernat de Capdepoy que firmó por 3 años con el herrero Piérrez de Marrase o Pedro Mediavilla, que lo hizo por dos años con el sastre Arnaut de Laborda, pero fueron mayoría los que lo hicieron con artesanos de la tierra. La duración de sus contratos variaba entre los 2 y los 6 años siendo los más frecuentes los de 3 años -6 casos- y los de 4 -8 casos-. El de mayor duración fue el acordado entre el escopetero Juan Bernadou y Antón Lorenz y el más breve el ya mencionado entre Arnaut de Laborda y Pedro Me-

4 Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Infidencias. Caja 453, 25, Autos criminales contra Alexandro Barrera, abril de 1766, s. f.

diavilla⁵. Las condiciones en todos casos eran las mismas. En síntesis el maestro se obligaba enseñar el oficio al aprendiz, darle alojamiento y mantenerle sano y enfermo, alimentarle, vestirle y calzarle y darle un vestido al cumplirse el tiempo pactado. En ocasiones se incluía también una cantidad de dinero, concretamente 160 sueldos en el contrato entre Laborda y Mediavilla, a entregar en una fecha concreta. El aprendiz por su parte se obligaba a servir fielmente a su maestro, permaneciendo en su casa y, si estuviera enfermo, por cada día laboral perdido debía trabajar dos. En caso de marcharse antes de concluir el tiempo contratado, podía ser apresado y debía devolver todo lo que el maestro hubiera gastado con él. Aunque los términos del contrato parecieran duros para él, el inmigrante que acababa de llegar tenía asegurados techo y manutención durante un tiempo prolongado en el que además aprendía un oficio con el que poder ganarse el sustento en adelante y, en su momento, llegar a alcanzar la maestría y abrir su propio taller o botiga. Entre los aprendices, los había que entraban al servicio de comerciantes, primero como tales y más adelante como factores, pudiendo culminar su trayectoria con un negocio propio y ejemplo de ello la del bearnés Gracián Viñales. Se decía de él en la matrícula de 1635 que salió a los 12 años de Castelnou, llegó a Zaragoza donde estuvo 17 años al servicio de mercaderes genoveses y franceses. Pasó después a Calatayud, trabajando dos años en casa de un mercader de trapería y luego retornó a la capital aragonesa donde puso en marcha una tienda de lencería en la que acogió como criados a dos sobrinos, hijos de una hermana. Cuando había una relación familiar, como era en este caso, no se precisaba firmar contrato alguno y tampoco si el recién llegado procedía de la misma localidad o de alguna próxima y quien lo iba a acoger ya tenía referencias suyas, pero en ocasiones su relación se formalizaba ante notario como ocurrió con los contratos firmados en 1641 entre Claudio Coquelin, por entonces uno de los más importantes comerciantes franceses instalados en Zaragoza, y los auvernios Pedro Barriel y Juan de las Comas o 9 años más tarde entre el propio Coquelin y el bearnés Juan de Usón (Gómez Zorraquino: 1987: 225).

Otra alternativa para los recién llegados era ofrecerse como criados al servicio de las élites civiles y eclesiásticas de la ciudad y también de otros colectivos que podían precisar de ayuda tales como mesoneros, labradores, viudas, etc. En un vecindario de Zaragoza del año 1647, 8 de los 10 inmigrantes que declararon tener una edad de 16 años eran criados y los otros dos, uno tejedor de paños y el otro sombrerero.

Eran muchos los franceses que salían de su tierra con unos objetivos concretos, bien porque formaban parte de algún grupo ya definido en origen, casos ya mencionados de los caldereros auvernios, de las cuadrillas que acudían a los molinos aceiteros de algunas localidades aragonesas o de los trabajadores de las minas de Barleto y la farga de San Juan de Plan, donde a fines del siglo XVIII trabajaban 28 galos. También tenían un destino concreto quienes iban a ser recibidos por algún familiar o compatriota del mismo pueblo que les había precedido, que les facilitaban su inserción en su nuevo destino, dándoles trabajo ellos mismos, caso de algunos labradores y, sobre todo, comerciantes. Los casos son numerosos a fines del siglo XVII. José Lostau, que

5 APHU, Pascual de Almazor, leg. 853, 28-I-1573; Juan Canales, leg. 1159, 23-III-1596; Pascual de Almazor, leg. 853, 28-I-1573, f. 110.

hacia 1682 había salido de su tierra a la edad de 11 años, era acogido en el domicilio zaragozano de su hermano Juan, labrador; siete años antes llegaba a la ciudad Antonio Oliver, niño de 10 años, alojándose con su tío Pedro Oliver; unos 12 años tenía Pascual Cabero cuando hacia 1692 llegó a Zaragoza, donde fue recibido por su tío el labrador Jacques Castel, que dos o tres semanas después lo colocaba al servicio de un tal Ramón Gallardía. Otros encontraban alojamiento en la casa de algún compatriota de su misma localidad, como el bearnés Juan de Meret, hornero, que, exponía en su expediente matrimonial de 1699, recién llegado 12 años antes a la capital aragonesa, se instalaba en casa del tapicero Bernardo Serra, nacido como él en Daresgalone, quien le alojaría durante 6 días antes de encontrar empleo en casa de Pascual Castrea⁶ (Salas Auséns: 2003: 159-160).

TRAYECTORIAS VITALES DIVERSAS

Abandonado su país y ya instalados en España, encontramos entre los inmigrantes todo tipo de trayectorias vitales tal como reflejan los expedientes matrimoniales de aquellos que iban a casarse. Había quienes llegados a una localidad, mantenían su residencia con carácter definitivo; otros, en cambio, la cambiaron en una o varias ocasiones. No era nada rara la trayectoria seguida por el bearnés Bernardo de Abasellies que en los 16 años que llevaba en Aragón había residido sucesivamente en Zaragoza, Épila y Borja, tal como exponía en el expediente para su matrimonio con María de Ariza, nacida en Uncastillo y tras una estancia de 12 años en Zaragoza, emigrada a Épila; y parecida la que reflejaba en su expediente el pastor Jaime Baylau que en los 13 años de estancia en Aragón, estuvo alojado durante 8 en la localidad monegrina de Lanaja, 2 en la de Fuentes de Ebro para trasladarse después a Hajar, donde vivía hacia 3 años. Trayectoria similar la del cantarero Juan Alegre, natural de Bañeras de Bigorra que a los 10 partía a Zaragoza y de allí a Fuentes de Ebro, donde aprendió el oficio y pasados 6 años retornó a la capital aragonesa a Zaragoza⁷.

Mucho mas agitada podía resultar la trayectoria vital de quienes se dedicaban a la actividad mercantil, caso de Pedro Devessí, natural de La Puente de Tanur en la diócesis de Rodez. Posiblemente a causa de la muerte de su madre, siendo todavía niño de pecho *lo llebaron a cassa de los abuelos a la villa de Salas, dioceses de Albi, en Francia, en donde estubo asta la hedad de 8 años, y passados fue a la ciudad de Rodes, donde estubo 6 messes, y de allí fue al lugar de las Flancas, de la diocesis de Albi, donde estubo 3 años y de allí se fue a la ciudad de Cordas, de la dioceses de Albi, donde estubo cossa de 2 años, y pasados se volvió a la cassa de sus abuelos a la dicha villa de Sales...*". En esta ocasión, su estancia fue mucho más breve. Apenas transcurridos dos meses y con apenas 14 años, cruzó los Pirineos, quedándose 4 meses en Benasque. De allí partió hacia Zaragoza, trabajando en casa del comerciante Juan de Casamayor, pero 9

6 Archivo Diocesano de Zaragoza (ADZ), Expedientes Matrimoniales, año 1699.

7 ADZ, Expedientes matrimoniales años 1639-1642: 19-VII 1641 y 21-XI-1640, y año 1714, 29-VII.

meses después volvió a Benasque de donde 6 meses más tarde partió hacia Toulouse. Transcurrido año y medio regresó a Aragón, pasando por Benasque, Plan, Barbastro y Monzón, dedicado en todos estos sitios a la actividad comercial. Su presencia en la villa montisonense en plena guerra de Sucesión coincidió con la pugna que estaban librando las tropas de Felipe V con las del otro pretendiente, Carlos de Austria, por la posesión del castillo. Aprovechando su experiencia en el comercio, fue encargado del avituallamiento del ejército borbónico. Continuaría en esta actividad durante 7 años, siguiendo en todo momento al ejército de Felipe V por Aragón, Cataluña y Castilla. En el momento de iniciar su expediente matrimonial para casarse con Úrsula Ferrer, el 19 de octubre de 1714, llevaba 9 meses en Zaragoza⁸.

Comerciantes aparte, había colectivos como los pastores proclives a cambiar con frecuencia de destino. Ejemplo extremo el del bearnés Juan de la Cacer, de 41 años de edad, que, en su expediente matrimonial iniciado en 1701 para casarse con María Felicitiana Cortalisan, exponía con sumo detalle la trayectoria seguida desde que a los 18 años abandonaba Arette, su pueblo natal, con destino a Zaragoza. Apenas recién llegado, entró como pastor al servicio del ciudadano de Zaragoza don Jerónimo Tornamira, cuyo ganado guardó durante un año. Posteriormente cuidó sucesivamente los rebaños de otros dos zaragozanos, el de Antonio del Corral durante 5 años y el de don Pedro de Odón otros 4. Tras los 10 años de estancia en la capital aragonesa se trasladó a La Muela, localidad distante unos 20 kms., y de ahí al año siguiente a Monzalbarba, barrio rural zaragozano, pastoreando el ganado de Pedro Soler y concluida la añada, encontró empleo durante un año con un ganadero de Muel y posteriormente se trasladó a Paniza, localidad próxima a Cariñena en la comunidad de Daroca, donde permanecería durante 10 años pastoreando los rebaños de distintos ganaderos de la localidad. Su siguiente destino, ya en 1700, sería Cariñena al servicio del ganadero Nicolás Maicas⁹.

Agitada también la trayectoria de Juan Echeverri en su actividad como guarda de a caballo de la administración de las reales rentas de Aragón. En 1787 y a los 43 años iniciaba los trámites para su matrimonio con Lorena Guizona, natural de Campo, en el valle de Benasque. Echeverri había salido de su lugar de nacimiento, Juxue en Navarra la Baja, a los 18 años edad, trasladándose a Pamplona donde permanecería hasta los 22; de ahí pasó a Madrid y a los dos años y medio iría a Mallorca; 16 meses después volvería a la capital, y tras una corta estancia de 3 meses, se encaminaría a Zaragoza; aquí prolongaría su residencia durante 10 años, pasados los cuales se trasladaría Sevilla y 2 años más tarde retornaría de nuevo a Madrid otro 2 años después para volver a Zaragoza en 1699, dos años antes de su matrimonio¹⁰.

8 ADZ, Expedientes matrimoniales, año 1714, 19-X-1714.

9 ADZ, Expedientes matrimoniales, año 1701, 5-I-1701

10 ADZ, Expedientes matrimoniales, año 1787, 4-IV-1787.

ACTIVIDADES LABORALES DE LOS INMIGRANTES

Diversidad en las trayectorias vitales, múltiple variedad en las faenas en que se ocuparon los inmigrantes: en el vecindario zaragozano de 1647 fueron 483 las veces en que quedó indicada la dedicación de los franceses con un total de 87 actividades diferentes y cinco años antes, en el vecindario de 1642, conocidas en 927 de los 993 cabezas de familia franceses, las profesiones desempeñadas por éstos alcanzaron la cifra de 121 de un total de las 278 mencionadas en la fuente. Entre los 370 franceses matriculados el año 1791 en el corregimiento de Barbastro encontramos 70 actividades distintas. De manera sistemática se ha señalado el notable peso que en las mismas tenían entre los inmigrantes franceses las actividades artesanales. En 1642 frente a 342 franceses ocupados en tareas poco cualificadas había 507 en otras que requerían una mayor preparación (vid. El cuadro nº 1).

Tabla 1
Oficios de los inmigrantes franceses en Zaragoza (1642)*

<i>Actividad</i>	<i>Nº</i>	<i>%</i>
Actividades no especializadas	342	36,9
Agricultura	130	14
Ganadería	10	1,1
Transporte	60	6,5
Trabajos urbanos sin cualificación	127	13,7
Servicio doméstico	15	1,6
Actividades especializadas	507	54,7
Construcción	48	5,2
Calzado	35	3,8
Confeción	218	23,5
Metal	30	3,2
Vidrio	9	1,0
Alimentación	84	9,1
Comercio	83	9,0
Otros	78	8,4

Fuente: Elaboración propia. Cuadro elaborado a partir de los datos de Archivo Municipal de Zaragoza, Caja 27, Bolsa de insaculación de las distintas parroquias de Zaragoza.

Las cifras vienen a reproducir lo observado en otros ámbitos y momentos, una mayor cualificación laboral entre los inmigrantes, más preparados para las actividades artesanales que los naturales del país. Pero a la hora de interpretar los números de

la fuente zaragozana y deducir esa pretendida mayor cualificación hay que tener en cuenta que el vecindario de 1642 fue realizado 7 años después de la orden de expulsión de los franceses en 1635 momento en que, según la matrícula realizada en la ciudad, el peso de las personas no cualificadas eran muy superiores. Sobre un total de 1866 franceses de actividad conocida en esa fecha eran 313 los dedicados al pastoreo o 167 a actividades domésticas. El paso de estos dos tipos de ocupación había pasado del 25% en el año 1635 al 2,7% en 1642 y de ello se había hecho eco el virrey aragonés, que en una misiva al soberano fechada el 24 de setiembre de 1635 insistía en el mensaje de que *"son en este Reyno tan necesarios los Franceses que vienen a ser forzosos para vivir los naturales y que la falta de los que se han ydo los tiene muy afligidos porque se han dexado los pastores algunos ganados ganados en los montes, y no tienen quien les cultive las heredades"*¹¹. A los pastores y trabajadores del campo se unieron en su salida del territorio aragonés muchos de los ocupados en el servicio doméstico y trabajadores que ofrecían diariamente sus servicios para las más diversas tareas. A la distorsión que supone la salida de cantidad de franceses de escasa cualificación laboral, lo que se traduce en un peso porcentual mayor de quienes se ocupan en actividades especializadas, se añade otro argumento a tener en cuenta a la hora de dudar de una cierta mayor cualificación laboral de los inmigrantes, como en Cataluña donde predominaría una inmigración de bajo perfil laboral (Nadal-Giralt: 1960, 129-153, a diferencia de lo observado en algunas ciudades castellanas como Madrid o Toledo, donde frente al 1 o 2% dedicados a la agricultura eran el 58% o el 66% los ocupados en el sector artesanal (Alcouffe: 1966: 191-193, Montemayor: 1990: 79-80). Llegados a edades muy tempranas, pienso que es difícil sostener que a su llegada dominaran la actividad artesanal en la que se iban a ocupar en el territorio hispano. La mayoría de los inmigrantes franceses dedicados a actividades tenidas por más especializadas aprendería el oficio en el territorio de acogida, en muchos casos formalizando la relación con sus maestros, en determinados casos inmigrantes como ellos, pero en muchos otros naturales, mediante contratos de aprendizaje ante notarios. A su finalización, se ocuparían como oficiales en el mismo u otro taller y en su momento serían los menos los que accederían la maestría. En el momento de contraer matrimonio, sobre un total de 54 artesanos franceses localizados en más de una centena de expedientes matrimoniales de la diócesis de Zaragoza, tan sólo eran 10 los que trabajaban por cuenta propia -en algunos casos se especificaba su condición de maestros, caso de Bernardo Lostal Castain, fabricante de vihuelas-, haciéndolo los otros 44 por cuenta ajena (Salas 2009: 275-277). Y otro tanto ocurría en las restantes ocupaciones laborales.

Un buen indicador de la situación económica de los inmigrantes en el momento de contraer matrimonio, cuando por término medio ya llevaban unos 15 años en territorio hispano pueden ser las capitulaciones matrimoniales. Es cierto que las de los notarios aragoneses son escuetas. En la mayoría se limitan a señalar que el contrayente aporta "su persona y bienes". Hasta el momento no he localizado poco más de una decena de casos en que ofrecen alguna información. En todas ellas los contrayentes aportan

11 ACA, CA, Legajo 0076,

cantidades modestas, cuando no escuetamente en ambos casos "su persona y bienes". Sirva de ejemplo el pactado entre el bearnés Bernardo Arians, oficial hornero, con Teresa Boneo, viuda de Agustín Laya, maestro hornero y panadero. Aportaba el novio "en bestidos de su llevar y dinero para examinarse de maestro hornero sesenta libras" y además "su persona y cualesquiere otros bienes. La novia por su parte, llevaba "en bienes muebles, ropa blanca, oros de su llevar y dinero docientas libras", además de seis cerdos pequeños valorados en 24 libras. En lo tocante al régimen económico, aparte de reservarse poder disponer "de alguna modesta cantidad para socorrer recíprocamente algún pariente propinquo o aunque sea remoto", pactaron que al morir uno de ellos "el sobreviviente ... haia de quedar dueño absoluto de todos los bienes que al presente traen y que en adelante adquirieren título lucrativo o honeroso"¹².

Una situación un poco diferente se daba en la capitulación y la pactada el año 1694 en Panticosa, pequeña localidad del Valle de Tena, entre el sastre bearnés José Solé y Jerónima del Faure. El novio aportaba ganados gruesos y menudos por valor de 300 libras jaquesas y a la novia su padre y un hermano la dotaban con 2020 libras a pagar en 4 años, con vestido, calzado, ropa de cama y demás ajuar al uso del valle y, en tanto no tuvieran casa en Panticosa, una habitación en el domicilio familia, añadiendo que "en caso que el lugar de Panticossa les buscara enfados o pesadumbres por no dejarlos vivir con quietud y sosiego, procediendo ellos onrradamente en el trabajo de su oficio de sastre... y le pareciera conbiniente el salirse dicho Jusepe Sole y la dicha su mujer a vivir y habitar fuera de los lugares de la presente Valle de Tena, lo puedan hacer, pero si el lugar de Panticosa no los prohibiere de poder vivir en el presente lugar, en caso hayan de vivir y habitar en el presente lugar"¹³. En unos años en que había conflicto bélico entre las monarquías hispana y francesa el rechazo hacía la pareja podía presentar unos tintes xenófobos, aunque también podían ser otras las razones de rechazo por parte del vecindario como la posesión por parte de Solé de un rebaño y el consiguiente derecho a los aprovechamientos comunales de hierbas o el mero hecho del matrimonio de una moza de la localidad con un forastero.

En el resto de las capitulaciones consultadas los novios aportaron cantidades modestas (Arnaut de la Saleta 40 libras, de ellas solo la mitad al contado, el zapatero Arnaut Clausens 35, o únicamente, casos del calderero Guiral de Lagarda, Ramón de Dian, Domingo Sigulana, Juan de Sor, o Antón de Clavería, "su persona y bienes", la expresión utilizada habitualmente cuando se refiere a personas de muy escasos recursos; y rasgo común en las capitulaciones de todos estos inmigrantes con sus futuras esposas el régimen económico, habitual en muchas zonas aragonesas, el de hermandad foral que suponía que al fallecimiento de uno de los dos, todos los bienes que tuvieran en ese momento se repartían en partes iguales "desde la ceniza del fuego hasta la escoba" entre el supérstite y los herederos del finado.

12 Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza (AHPNZ), Antonio Bernués, 1762, ff. 235v.-236v.

13 Archivo Municipal de Panticosa, Matías Guillén, 28-XII-1694.

FORMAR UNA FAMILIA: MERCADO MATRIMONIAL

En un mercado matrimonial en el que competían con los naturales, los inmigrantes llegaban al altar a una edad más avanzada. La edad media de los inmigrantes franceses en el momento de iniciar su expediente matrimonial en la diócesis de Zaragoza conocida en 222 casos, es de 30 años, superior en 6 a la que en la primera mitad del XVII se daba en la parroquia de San Pablo de la capital aragonesa y su desglose el que se indica en el cuadro siguiente:

Tabla 2
Edad de los inmigrantes franceses al inicio de su expediente matrimonial*15

<i>Edad</i>	<i>Nº de casos</i>
Hasta 20 años	7
21-25	46
26-30	82
31-35	40
36-40	33
41-45	11
más de 45	3

* Cuadro elaborado a partir de los expedientes matrimoniales de franceses en ADZ, Expedientes matrimoniales, años 1699, 1701, 1714, 1717, 1718, 1740, 1753, 1754, 1755, 1757, 1758, 1780, 1787 y 1794

En cuanto al origen de sus esposas, un 35% eran zaragozanas, un 45% aragonesas, un 6% mujeres de otros territorios hispanos y un 10% compatriotas (Salas 2009, 271), proporciones diferentes a las observadas en la ciudad de Barbastro donde las lugareñas llegaban al 60%, las de otras localidades aragonesas el 31% y las francesas el 9% restante (Salas: 1984, 255).

En la búsqueda de pareja podían concurrir distintas razones y en primer lugar el origen, pero los inmigrantes tenían pocas las oportunidades de casar con una compatriota salvo que la encontrarán en su propia tierra, dado el escaso número de francesas emigradas a Aragón. En los matrimonios entre solteros, sí las encontraban entre las hijas de inmigrantes galos ya nacidas en España. La convivencia bajo un mismo techo, trabajar para una misma familia o vivir en la misma calle sin duda tuvieron que ver en muchos de los enlaces de inmigrantes con aragonesas y, cierto que pocas veces documentados, unas relaciones prematrimoniales desembocadas en un embarazo. De todas formas, no era fácil competir con los solteros naturales y ello explica aparte de los más elevados niveles de soltería de los franceses, la elevada proporción de matrimonios con viudas en un porcentaje que en el caso de la capital aragonesa alcanzaba el 30% (Salas: 2019: 233-235) en concordancia con lo observado en otros ámbitos como el Baix Llobregat (Millas i Castellvi: 2006: 91).

El matrimonio actuaba como un factor que sin duda favorecía la estabilidad y que, con cuantas excepciones se quiera, contribuía a fijar definitivamente al inmigrante a su lugar de destino y también podía servir para mejorar su situación, lo que se daba con frecuencia en los enlaces con viudas. No es un caso aislado el de María Serrano, viuda del hornero bearnés Hernando Molau, que, sintiéndose enfermo, había hecho testamento en Huesca el 15 de febrero de 1655. Pocos meses después de la muerte de Molau, María se casaba con el oficial hornero de origen francés Arnaut Castañón. No duró mucho este matrimonio ya que el 5 de noviembre de ese mismo año Arnaut, enfermo, dictaba sus últimas voluntades en las que, al igual que había hecho su compatriota Molau, nombraba heredera a su esposa "*casando o sin casar*"¹⁵.

Una vez alejados de su tierra, las trayectorias de los inmigrantes podían tomar rutas muy diversas. Un esfuerzo continuado en su actividad como trasmudador de vino permitió al bearnés Pedro Lasala, acumular un patrimonio valorado en más de 3000 libras, en parte gracias a una clientela en la se encontraban varios conventos zaragozanos, tal como el mismo detallaba en su testamento fechado en 1772¹⁴. En el origen de su fortuna estaba un matrimonio afortunado csaó asimismo de Pedro Berges llegado a Zaragoza en 1735 con 14 años y casado a los 33 con Antonia Deusí, viuda. Un año después de la boda Berges figuraba en el catastro como propietario de dos viñas y un campo, por los que tenía que pagar al año 134 reales de plata¹⁵.

También afortunado el matrimonio de Bartolomé Puentes que apenas con 10 años había salido de su pueblo natal, Maltras, en Cominges, con destino a Zaragoza donde sirvió como criado en distintas casas. Hacia 1778 entró como lacayo en la casa del conde de Sástago, puesto en el que permaneció 3 o 4 años, pero enfermó y pasó un tiempo en el hospital de Nuestra Señora de Gracia. Una vez recuperado no pudo regresar a su anterior trabajo, ya ocupado por otro, y se encontró sin recursos y prácticamente en la calle. Su suerte cambió gracias a Juana Vidal, recientemente viuda por muerte de su esposo el también francés Francisco Artiga, y a la que conocía desde hacía algún tiempo por haber residido en su casa y con la que contrajo matrimonio en 1784 en la parroquia de la Magdalena. De su situación en aquel momento da idea que la ropa llevaba en la ceremonia se la proporcionó la esposa de las dejadas por su primer marido. Un año después del enlace firmaban las capitulaciones matrimoniales. Puentes aportaba 119 libras en efectivo, y algunas prendas de vestir y algunos créditos pendientes de cobro. Juana por su parte llevaba la mitad de los bienes que quedaron a la muerte de su primer marido, fallecido sin testar, y con quien habían regentado la tienda en la que vendían fundamentalmente alimentos, pero también otros productos como escobas, capazos, agujas de coser o pañuelos y que fueron minuciosamente inventariados a petición de los legítimos herederos de Artigas muerto sin hijos, a la sazón su padre y sus hermanos¹⁶. Un año después del matrimonio el valor de lo aportado en la capitulación por Bartolomé Puentes y Juana Vidal era muy desigual tal como se de-

14 AHPNZ, Caja 5113, Juan de Campos y Ardanuy, 7-II-1772.

15 AMZ, Caja 8072, ff. 5 y 112.

16 AHPZ, Pleitos Civiles, caja 379, 2 piezas, Inventario de bienes hallados en las casas de Bartolomé Puentes y Juana Vidal, cónyuges, vecinos de Zaragoza, calle de la Puerta Quemada, nº38, año 1786, dos piezas.

ducía de las existencias de la tienda por más que en ese lapso de tiempo Puentes había conseguido algunos recursos, que irían creciendo en los años siguientes en que llegó a establecer contacto con mercaderes establecidos en Cádiz. Su trabajo, las buenas relaciones con los vecinos del barrio de la Magdalena, donde residía, le llevaron a ser elegido alcalde de barrio, institución creada en 1769 en Madrid y extendida posteriormente a demás sedes de chancillería y audiencias. Puentes permanecería en él durante 9 años. Concluida la Guerra de la Independencia, momento en que se ordenó la expulsión de la ciudad de los franceses que todavía residían en ella, hizo valer tal desempeño en el expediente en que solicitaba ser excluido del destierro¹⁷.

TRAYECTORIAS QUEBRADAS,

Trayectorias de éxito, otras fueron en un sentido contrario caso del bearnés Pedro Aduo, que a los 60 años emigró a España en los primeros meses de 1778, buscando no tanto fortuna como refugio. Tras abandonar su mujer e hijos y acompañado de su amante Bernarda Larriu, joven compatriota a la que presentaba como criada, se instaló durante un breve tiempo en el valle de Arán, de donde hubo de salir ante la creciente hostilidad de los araneses conocedores de la escandalosa relación de la pareja. Su siguiente destino sería la villa de Graus donde se presentaría como un experto conocedor de las técnicas del curtido, blanqueo y teñido de la piel hasta el punto de convencer a Antonio Altemir, joven abogado perteneciente a una de las familias más acomodadas de la comarca, y a don Antonio de Heredia, otro ilustre grausino, para poner en marcha una tenería de la que saldrían suficientes cueros ya preparados como para atender a las necesidades de la comarca. Con este objetivo hicieron una primera inversión de 400 escudos empleados en la compra de pieles y los útiles necesarios para poner en marcha el proyecto. Pero al poco tiempo el plan había fracasado. Aduo tan solo conocía parte del proceso de curtido, el de blanqueo de las pieles, ignorando las demás técnicas del curtido, de tal modo, afirmaba Altemir en uno de los varios procesos llevados ante los tribunales, que se habían *"perdido la mayor parte de las manufacturas por indolencia o impericia de dicho Aduo y que si alguna pieza salió menos mala o acertada fue efecto de pura casualidad"*. Poco había durado el prestigio del curtidor que, para más desgracia se quedó solo, abandonado por Bernarda tras un violento altercado en el que, según informó ella al alcalde de Graus, la había amenazado con cortarle el cuello. Fracassado el proyecto y abandonado por su compañera, cuando menos se le reconocía cierta habilidad como blanquero y ello movió a Miguel Rosón, clérigo de la villa, a alquilarle un pequeño local en las afueras para que pudiera continuar blanqueando pieles y dos habitaciones en su propia casa, una para vivir y la otra como botiga para la venta, todo a cambio de un módico alquiler y un préstamo de 100 libras a devolver en seis años, a cambio de enseñar el oficio a Cayetano Martínez, rapaz de 8 años sobrino del cura. Una

17 AMZ, Caja 125, 1/15, Expediente de Bartolomé Puentes, 1813.

de las cláusulas del contrato firmado por las partes incluía expresamente la prohibición de que el curtidor tuviera criada, ni mujer alguna en las dos estancias, vetando expresamente a Bernarda Larrui. Pero el regreso de ésta a Graus lo torció todo, al saltarse Aduo el compromiso a que había llegado e instalar en sus habitaciones a Bernarda con gran escándalo en la localidad. El cura echó a la pareja de la casa y denunció a Aduo ante la justicia local, acusándole del incumplimiento del contrato firmado y exigiéndole el pago de las cantidades que le adeudaba. La justicia local procedió a embargar preventivamente los bienes del curtidor, incluidos sus instrumentos de trabajo y las pieles que por entonces estaba trabajando. Recurrido el auto ante la Audiencia del Reino, ésta ordenó que se le devolvieran el instrumental y las pieles para evitar su deterioro pero las autoridades de la villa retrasaron todo que pudieran su entrega y cuando, ante la amenaza de sanción por parte de la Audiencia, finalmente lo hicieron, prohibieron a Aduo tomar agua del río, lo que era totalmente preciso para el funcionamiento de la pequeña tenería, cuya ventana, para mas inri, fue tapiada. Todo eran obstáculos y aunque la Audiencia falló en parte a favor de Aduo, le condenó al pago de la deuda que había contraído con el clérigo. Carente de recursos, sus bienes fueron embargados y, al ser insuficientes, se embargaron también los de una compasiva viuda que se había prestado a aparecer como fiadora, entre ellos la vivienda y una viña. Ante la parcial actuación de las autoridades de la villa Aduo se desahogó violentamente contra el alcalde, Tomás Torrente, en presencia de numerosos vecinos. Torrente, acusándole de falta de respeto a lo que añadiría la escandalosa vida que llevaba con Bernarda Larrui, ordenó su encarcelamiento. Aduo permaneció preso tres meses a pan y agua, al cabo de los cuales, y como condición para ser liberado y que se sobreyera su causa, hubo de firmar el compromiso de abandonar para siempre a la que había presentado como criada. La demanda fue atendida y se le puso en libertad pero conminándole "a «*que en lo sucesivo sea muy atento a la justicia y la trate con el debido respeto y veneración: se le aperciva para que de oy en adelante no viva con Bernarda Larruy ni de lugar a sospechas como las que a autos resultan, ni la trate fuera de su compañía, pena de ser severamente castigado*»¹⁸. El nombre de Bernarda Larrui aparecería en la lista de extranjeros del año 1791 de la ciudad de Barbastro, donde se empleaba como criada.

Aduo había tenido, cierto que por un tiempo breve, la posibilidad de triunfar, muchos otros ni eso, numerosas trayectorias de compatriotas que muchos años después de haber abandonado su país en dirección a tierras aragonesas en busca de un futuro mejor no habían logrado alcanzarlo. Las causas múltiples, los ejemplos que se podrían aducir también, como el de Tomás de la Peña, bearnés llegado a Zaragoza en torno a 1597 a los ocho años. Transcurridas dos décadas, a medio día del miércoles 7 de junio de 1627 Tomás de la Peña y el gascón Pedro Jaime se vieron envueltos en un altercado del que salieron malparados Cristóbal Rodríguez y Antonio Domínguez, estudiantes que estaban al servicio del inquisidor Francisco de Salcedo. Llevado el caso al tribunal de la Inquisición, se ordenó el apresamiento de Tomás de la Peña acusado de haber herido de gravedad a Antonio Domínguez. En el transcurso del proceso en el que declararon

18 AHPZ, Procesos Civiles, Caja 2592-1, 8 piezas (1784-1789).

varios testigos, salió a la luz la trayectoria vital del acusado: se había ocupado como pastor en Zaragoza al servicio de distintas personas y por aquellos días se trasladaba a Utebo una localidad próxima, *"a segar un estajo con unos compañeros suyos"*. Añadían que, concluida la faena en ese lugar, tenía recomendaciones para segar durante unas tres semanas en Plasencia de Jalón, a 30 kms. de la capital aragonesa. Localizado a primeros de julio, de la Peña fue conducido a las cárceles de la Inquisición donde se le mantuvo preso durante un mes. Condenado según el tribunal a una benigna pena, dos años de destierro y una multa de 30 libras, cuyo pago debía satisfacer para ser liberado, adujo su pobreza. Distintos testimonios ratificaron su situación, uno de ellos el de su compatriota Arnau Ondet, carnicero en la Aljafería, sede del tribunal inquisitorial, es sumamente expresivo de la difícil situación del preso: *"no sabe que tenga hacienda alguna, antes bien lo tiene por pobre y tan perdido que lo que ganaba de salarios con los amos que a tenido lo tenía gastado antes de ganarlo y si no lo trabaja a jornal no tiene para comer y en la cárcel a donde está a entendido que come de limosna ... y este le a dado de limosna un poco de carne"*. En este caso el tribunal fue comprensivo con su situación y le perdonaron la sanción económica, que no así el destierro. Veinte años después de haber abandonado su tierra, seguía viviendo al día¹⁹.

La condición de maestros artesanos no aseguraba una posición aceptable. Llegados a la vejez y mermadas las fuerzas, podía haber pérdida de clientes y falta de trabajo. Tal vez esa fuera en 1666 la situación de Esteban Cayrol de 69 años y Juan Pomés de 71, maestros artesanos de la lana ya presentes en el vecindario zaragozano de 1642, el primero cardador y pelaire el segundo. Testigos de la acusación en el proceso que se estaba llevando contra Antonio Bolea, a quien se pretendía impedir el ejercicio de médico alegando su origen francés, su testimonio fue desmontando por la defensa, que expuso que ambos *«andan lo más del tiempo pordioseando y en las tabernas bebiendo con exceso y andando turbados y sin saber lo que dicen por la demasía del vino que beben y en tanto grado que sus deudos y parientes padezen mucho pesar y sentimiento de verlo y de que no pueden remediarlo»* y demostró que los dos testigos habían sido comprados por la acusación. Un hijo de Cayrol, tejedor de lienzo, afirmó haber sabido por su padre la trama urdida contra el médico, y sobre la vida que llevaban los dos maestros ancianos, afirmó conocer de vista *«que los dichos Juan Pomes y Esteban Cayrol son pobres y que para sustentarse piden limosna por las puertas»*²⁰. Sensibles a cualquier cambio coyuntural los artesanos, al igual que cualquier otro trabajador, podían pasar por periodos de bonanza seguidos de años difíciles y ello todavía era más acusado en el caso de los inmigrantes franceses que a los inconvenientes de las malas coyunturas económicas se les sumaban los causados por los avatares de la política en dos centurias en las que los frecuentes conflictos entre las monarquías galas e hispana conllevaron medidas represivas que fueron desde el aumento de la fiscalidad a la confiscación de bienes.

19 AHPZ, Inquisición, 93/3, 1617, Tomás de la Peña Pastor y Pedro Jaime, cochero, habitantes de Zaragoza, ambos de origen francés.

20 AHPZ, Procesos civiles antiguos, Expediente sobre que no se impida entrar en el colegio de médicos de Zaragoza al lícdo. José Antonio Bolea, año 1666.

UN BREVE BALANCE FINAL

En los miles de inmigrantes franceses acogidos en el territorio aragonés durante la Edad Moderna hubo muchos que cumplieron los sueños que tenían al abandonar su tierra, unos retornando adinerados, otros que se quedaron en Aragón prosperando en sus trabajos, agricultores que adquirieron tierras, aprendices que aprendieron un oficio y que con el tiempo alcanzaron la condición de maestros, comerciantes modestos que irían ampliando sus negocios llegados hasta el mundo de las finanzas, etc., en suma la imagen del inmigrante triunfador, pero también muchos, con toda seguridad muchos más que, al igual que los naturales, apenas si ganarían el sustento para mantener el día a día de sus familias. Sirva el dato de la parroquia de San Pablo donde el gasto medio en funerales de inmigrantes franceses fue cuatro veces inferior al del conjunto de los parroquianos (Ansón: 1977: 145 y 205) o el de la vecina localidad de Zuera donde si el porcentaje de todos los fallecidos enterrados como pobres a lo largo del siglo XVII era del 32% en el caso de los franceses se elevaba al 83%. Una inmigración francesa cuyo balance final estaba en todo caso muy lejos de contribuir "de forma oscura, pero activa y sustancial, ... a limar las asperezas de esa "tibetización" de España" entendida como atraso (Amalric: 2003: 37). En Aragón, en todo caso, de contribuir a paliar el atraso, fue gracias a las destrezas aprendidas en el propio territorio aragonés.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ALCOUFFE, Daniel (1966): "Contribution à le connaissance des emigrés français de Madrid au XVIIe. siècle", *Melanges de la Casa de Velazquez*, II pp. 179-197.

AMALRIC, Jean-Pierre (2003): "Franceses en tierras de España: una presencia mediadora en el *Antiguo Régimen*", en VILLAR, M. Begoña y Pezzi, Pilar (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna*, Málaga, Universidad de Málaga, Vol. I, pp. 23-37.

ANSON, M. Carmen (1977): *Demografía y sociedad urbana en la Zaragoza del siglo XVII*, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1977.

BENEDICTO, Emilio (2003): "Mercaderes y artesanos franceses en el sur de Aragón. La emigración en Calamocha, 1530-1791", en VILLAR, M. Begoña y PEZZI, Pilar (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna*, Málaga, Universidad de Málaga, vol. I, pp. 155-174.

CAPDEVILA, Alexandra (2004): *Quan la terra promesa era el sud. La inmigració francesa al Maresme als segles XVI i XVII*, Mataró, Fundació Iluro.

CAPDEVILA, Alexandra (2017): "Cuando Ellas también son las protagonistas. La inmigración francesa en Cataluña durante los siglos XVI y XVII desde la perspectiva del género" en CABRERA, Manuel y LÓPEZ CORDERO, Juan Antonio (eds.), *IX Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres*, Jaen, Archivo Histórico Diocesano de Jaen, pp. 79-101.

DESSPORTES, Pablo (1999): *La industria textil en Zaragoza en el siglo XVI*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

DOUSSET, Christine (2009): "Femmes et héritage en France au XVIIe siècle", *Dix-septième siècle*, 2009/3, 244, 477-491.

GARCIA PUENTE, Adrián (2011): *La población de la villa de Zuera en el antiguo régimen*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

GÓMEZ ZORRAQUINO, José Ignacio (1987): *La burguesía mercantil en el Aragón de los siglos XVI y XVII*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.

JARQUE, Encarna y SALAS, José Antonio (1977): "El último exilio de la Edad Moderna. La expulsión de franceses al final de la guerra de Independencia", en MESTRE, Antonio y GIMÉNEZ, Enrique, (eds.), *Disidencias y exilios en la España Moderna*, Actas de la IV Reunión científica de la Asociación de Historia Moderna, Alicante, pp. 783-800.

LANGÉ, Christine (1993): *La inmigración francesa en Aragón (siglo XVI y primera mitad del XVII)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

MILLAS I CASTELLVI, Carles (2006): *Els altres Catalans dels segles XV i XVII*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

MONTEMAYOR, Julián, "Les français à Tolède au XVII siècle" (1990), en Chastagnaret, Gérard y Amalric, Jean-Pierre (eds.), *Les Français en Espagne à l'époque moderne*

(XVIe.-XVIIIe. Siècles), Paris, C.N.R.S, pp. 113-123.

NADAL, Jordi y GIRALT, Emili (1960): *La population catalane de 1553 à 1717: l'immigration française et les autres facteurs de son développement*, Paris, SEVPEN.

PÉREZ VILLALBA, M^a Teresa (2017): *Franceses en Valencia durante el siglo XVI*, Tesis doctoral leída en la Universidad de Valencia.

POITRINEAU, Abel (1985): *Les Espagnols de l'Auvergne et du Limousin du XVIIe. au XIXe. siècle*, Aurillac, 1985.

POITRINEAU, Abel (1988): "Institutions et pratiques successorales en Auvergne et en Limousin sous l'Ancien Régime", *Etudes rurales*, 110-112, pp. 31-43.

SALAS AUSÉNS, José Antonio (1984): *La población en Barbastro en los siglos XVI y XVII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

SALAS AUSENS, José Antonio (1985-86): "La inmigración francesa en Aragón en la Edad moderna", *Estudios del departamento de Historia moderna*, pp. 51-77.

SALAS AUSENS, José Antonio (1992): "Extranjeros en el corregimiento de Barbastro en el siglo XVIII", *Somontano*, 3, pp. 41-64.

SALAS AUSENS, José Antonio (2003): "Leyes de inmigración y flujos migratorios en la España Moderna" en VILLAR, M^a Begoña y PEZZI, Pilar (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna*, cit., vol. II, 2003, pp. 681-698.

SALAS AUSENS, José Antonio (2003): "Buscando vivir en la ciudad: trayectorias de inmigrantes franceses en los siglos XVI y XVII", en *Revista de Demografía Histórica*, XXI-1, pp. 141-166.

SALAS AUSÉNS, José Antonio (2005): "Pequeños comerciantes y buhoneros franceses en el Alto Aragón a fines del siglo XVIII", en MINOVEZ, Jean-Michel y POUJADE, Patrice, eds., *Circulation des marchandises et réseaux commerciaux dans les Pyrénées (XIIIe.-XIXe siècles)*, Toulouse, Presses Universitaires du Midi, pp. 229-244.

SALAS AUSÉNS, José Antonio (2005): "Un problème de nationalité au XVIIe. siècle: les manigances du Béarnais Juan Sarto", *Revue de Pau et du Bearn*, 32, pp. 207-222.

SALAS AUSÉNS, José Antonio (2009): *En busca de El Dorado*, Bilbao, Universidad del País Vasco.

SALAS AUSÉNS, José Antonio (2013): "Inmigración, mujer y mercado matrimonial en la Zaragoza de la edad moderna", en SALAS AUSÉNS, José Antonio (ed.), *Logros en femenino. Mujer y cambio social en el valle del Ebro, siglos XVI-XVIII*, Zaragoza, pp. 159-218.

SALAS AUSÉNS, José Antonio, "Una trashumancia poco conocida: ganados franceses en el valle del Ebro a finales del Antiguo Régimen", en TORRES SÁNCHEZ, Rafael (ed.), *Studium, magisterium et amicitiahomenaje al profesor Agustín González Enciso*,

Pamplona, Eunote, 2018, pp. 345-351.

SALAS AUSÉNS, José Antonio (2019): "Mercado matrimonial de los franceses en la España de la Edad Moderna", en ALFARO PÉREZ, Francisco José (coord.), *Cuando la frontera era el Sur. Europa Suroccidental, siglos XVI-XX*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2019, pp. 211-240.

SALAS AUSENS, José Antonio (2021): "La difícil contabilización de los inmigrantes en la Edad Moderna: el caso de la inmigración francesa en Zaragoza", en BORREGUERO, Cristina, MELGOSA, Oscar R., PEREDA, Ángela y RETORTILLO, Asunción, *A la sombra de las catedrales. Cultura, poder y guerra en la Edad Moderna*, Burgos, Universidad de Burgos, pp. 1327-1342.

ZYLBERBERG, Michel (1993): *Une si douce domination; les milieux d'affaires français et l'Espagne, vers 1780- 1808*, Paris, 1993.

ZINK, Anne (1993): *L'héritier de la maison. Géographie coutumière du sud-ouest de la France sous l'Ancien Régime*, Paris, Éd. de l'EHESS, 1993.